

desliza sin cesar por la pendiente del pecado: la envidia, el asesinato, la venganza, la perversión, el orgullo, dominan la Tierra. Al mismo tiempo, la muerte, seguida de su cortejo de angustias y dolores, hace sentir su peso sobre los hijos de Adán: la vida se abrevia, y la sentencia del paraíso se cumple inexorablemente. Esta situación lamentable exige una regeneración, que no tarda en manifestarse. Con la vocación de Abraham, Dios, fiel a su promesa, inaugura la obra redentora. Por medio del padre de los creyentes y del pueblo de Israel, la gesta de la restauración se va dibujando a través de todo el libro del *Génesis*.

HISTORIA IDEALIZADA

Vemos, pues, cómo los sucesos relatados en el comienzo del libro se inscriben en una serie de hechos que, en sucesión ordenada, constituyen una historia, y así podemos decir, son palabras de la encíclica *Humani Generis*, que estos capítulos «pertenecen en un sentido verdadero, que los exégetas deberán todavía explorar y establecer, al género histórico». No podríamos, por tanto, sin traicionar la intención del autor, ver en estos relatos mitos o cuentos puramente ficticios que, bajo las apariencias de una historia individual, ilustrarían solamente verdades de orden moral, social, antropológico o religioso. No se puede negar tampoco el valor profético y sapiencial, puesto que la historia del hombre en el Edén prefigura el destino de los hijos del hombre, y más aún que la historia profana merece el título de «magistra vitae», como orientadora de nuestra actitud religiosa con respecto a un Dios bueno, justo y misericordioso.

No obstante, para reconstruir los sucesos del Edén, el historiador, separado de los orí-

genes por un tiempo casi fabuloso, no pudo utilizar documentación que se remontase a aquella edad primera, ni siquiera consignar recuerdos de los actores o espectadores. Por lo que se refiere a la creación del primer hombre y de la primera mujer, esto es evidente. Tuvo, por tanto, que acudir a una escenificación de los hechos, inspirándose en las tradiciones populares y en sus propias ideas científicas. Lo que le importaba no era darnos detalles minuciosos sobre la aparición de los primeros seres humanos, sino dejar bien sentada la doctrina del origen divino del hombre, de su naturaleza, de su situación con respecto a Dios, del lugar que ocupa en la jerarquía de los seres y de las relaciones que existen entre el hombre y la mujer. Para describir el paraíso terrenal tuvo que acudir también a la imaginación. El oasis maravilloso del Edén se va a parecer a un vergel de Palestina, embellecido e idealizado con rasgos tomados de la tradición babilónica. El árbol de la vida, los querubines, el rayo, son imágenes venidas de las tierras del Eufrates, y este color mesopotámico se acentuará más aún en los relatos del diluvio y de la torre de Babel. ¿Aprovechó aquí el autor fragmentos de documentos anteriores? A pesar de sus pacientes análisis, la crítica literaria no ha llegado a ninguna conclusión definitiva. A veces el hilo de la narración se interrumpe, pero no tarda en reanudarse, y algunas fórmulas que nos parecerían repeticiones, no son más que la huella del estilo narrativo popular. Sin ser completamente homogéneo, el relato del paraíso y de la caída nos ofrece una unidad literaria incontestable.

PARABOLA HISTORICA

Podemos también descubrir elementos de ficción en la presentación de los personajes.